

EL REGRESO

MSc. Luis Robledo Díaz

Ministerio de Cultura



FOTO DE ARCHIVO

LA DÉCADA DE LOS 90 PARECE HABER SIDO EL INICIO DE UN CAMBIO —QUIZÁS RADICAL E IRREVERSIBLE— NO SÓLO EN LAS CONCEPCIONES SOBRE LA HOMOSEXUALIDAD EN CUBA SINO, Y ACA SO EN MAYOR MEDIDA, EN LA VIDA DE LOS PROPIOS HOMOSEXUALES CUBANOS. LOS NUEVOS ESPACIOS QUE SE ABREN —SOBRE TODO EN CIUDAD DE LA HABANA— PARECEN HABER PROVO CADO EN NO POCOS VARONES HOMOSEXUALES JÓVENES, RESIDENTES TEMPORALES EN LA CAPI TAL, EL DESEO DE NO REGRESAR NUNCA MÁS A SUS LUGARES DE ORIGEN.

Aunque la fuerte estructura homofóbica cubana siga empeñada en emparentar la homosexualidad con vicios degenerativos, cada vez se empequeñecen más los antiguos mundos subterráneos cómplices de este «sexo prohibido» y se amplifican hacia lo público palabras y espacios antes ocultos al asombro de los demás. Puestas en escenas de obras de teatro con referencia abierta al tema homosexual; seguimiento de las muestras de cine en el festival de La Habana donde aparecen en pantalla imágenes de relaciones homosexuales explícitas e historias donde risa y melodrama —y buen cine— se confunden; exposiciones en galerías de artistas plásticos

con lenguajes metamorfoseadores de esas víctimas condenatorias; sutiles reflexiones televisivas y telenovelas atrevidas: un mundo inimaginable hasta hace menos de una década. Pero quizás lo más violentamente asombroso es la apertura y liberación de los propios homosexuales cubanos. El peculiar desenfado con el cual hoy observamos la expresividad de una determinación a asumir esta condición aún reprimida, ha favorecido la legitimación de espacios antes velados para el (la) homosexual y los proyectos de vida parecen conciliarse cada vez más con el necesario reconocimiento de la diversidad humana. La década de los 90 parece haber sido el



inicio de un cambio—quizás radical e irreversible—no sólo en las concepciones sobre la homosexualidad en el país sino, y acaso en mayor medida, en la vida de los propios homosexuales.

Este proceso, claro está, no es homogéneo. Ciudad de La Habana sigue siendo uno de los de mayor apertura ante los cambios y también uno de los de mayores posibilidades para los homosexuales de construir espacios propios sin la mirada acusadora del resto de la sociedad.

Esos espacios parecen haber provocado en no pocos varones homosexuales jóvenes residentes temporales en la capital el deseo de no regresar a su lugar de origen. No estamos haciendo referencia a quienes lejos de la ciudad deciden viajar a ésta y residir por circunstancias de carácter económico, afectivo o de otro tipo, sino de quienes por algún motivo vienen residiendo en la ciudad y luego, cuando tal motivo desaparece, deciden no volver a su lugar de origen (por ejemplo, los estudiantes). Esta distinción es importante, pues hablamos de individuos en los cuales ha ocurrido un proceso de desprendimiento relativo de sus valores anteriores y de aprehensión de nuevos vínculos, en el caso que nos ocupa, con la condición de ser joven homosexual varón. Aunque el motivo a quedarse no puede ser reducido a la simple condición de ser homosexual, resulta evidente la influencia de este hecho en tal decisión, más aún si tomamos como cierta la hipótesis de que la orientación sexual permea la configuración de las prácticas de la vida cotidiana de cualquier individuo. Cuando el sujeto es homosexual y ha asumido su condición como parte natural de su vida, y todo ese proceso o parte de él transcurre en la Ciudad, tal experiencia modela expresiones de miedo a la pérdida de aquellos espacios que han venido configurando su apertura al reconocimiento de sí mismo y del grupo al cual se siente que pertenece por compartir una misma preferencia sexual. Simultáneamente se genera una presentación de la No-Ciudad como espacio de represión sobre el cual no sólo se expresa una imposibilidad de readaptación sino que se reniega de ésta.

Esa sensación del regreso y el motivo a quedarse podríamos condensarlos en el concepto de *miedo a la muerte civil*. Este miedo no es exclusivo de los homosexuales, pero a ellos los tipifica el hecho de ser de una condición que los pone en una mayor desventaja en los probables intentos de progresar en el orden civil. Recordemos que la masculinidad se construye, precisamente, sobre la base de un miedo de ese carácter. El hombre

homosexual es la antítesis simbólica de la masculinidad hegemónica. El miedo a ser considerado como tal colinda con el temor a ser lisiado o, más aún, con el terror a la muerte social. Es por ello que la homofobia no sólo hace referencia al miedo irracional hacia los homosexuales

—hombres fundamentalmente— sino también a la angustia a ser desenmascarado frente a la sociedad como incapaz de cumplir el standard de masculinidad.

En una reciente investigación¹ en la que caracterizamos algunos aspectos de la relación homosexualidad-familia en el contexto cubano actual, la muestra utilizada en la aplicación de una de las técnicas (grupos de discusión) contenía jóvenes residentes en Ciudad de La Habana; pero como sucede normalmente en toda capital, una cantidad significativa de los participantes había nacido y vivido su infancia y adolescencia en otras provincias del país. Ello hizo emerger el tema de la homosexualidad como motivo de emigración y, aunque no estuviera en los objetivos, tomamos la decisión de incluir en una breve exposición el análisis sobre este punto, toda vez que las reflexiones hechas al *por qué no regresar y quedarse* revelaban la noción sobre la Capital como espacio de ciertas permisibilidades no existentes en los lugares de origen. Por ello, lo aquí expuesto sólo describe someramente dicha problemática y, tanto el análisis como las distintas dimensiones expuestas a continuación, tienen el objetivo de orientar —y motivar— una investigación más en profundidad sobre tal cuestión. El propio concepto de *miedo a la muerte civil*, lo hemos utilizado como recurso metodológico para condensar las distintas asociaciones simbólicas en relación con los argumentos expuestos ante el *por qué quedarse o no regresar al lugar de origen*, aunque pueda comportar cierta ambigüedad.²

EXPRESIONES DEL MIEDO A LA MUERTE CIVIL

¿Cómo se expresó dicho miedo a la muerte civil en los grupos estudiados? Brevemente podríamos representarlo a partir de las siguientes dimensiones:

PÉRDIDA DE AUTONOMÍA FRENTE A LO PÚBLICO Y A LO PRIVADO:

- *Frente a lo familiar*: El regreso significa retornar a una estructura familiar cerrada en la cual la homosexualidad no se concibe sino en el marco de una patología o vicio. Incluso en aquellas donde es conocida la condición



del joven homosexual y existe cierta comunicación, la pérdida de autonomía se expresa en el necesario ocultamiento que deben llevar, pues la homosexualidad deja de ser



EL REGRESO SIGNIFICA RETORNAR A UNA ESTRUCTURA FAMILIAR CERRADA EN LA CUAL LA HOMOSEXUALIDAD NO SE CONCIBE SIN EN EL MARCO DE UNA PATOLOGÍA O VICIO. INCLUSO EN AQUELLAS DONDE ES CONOCIDA LA CONDICIÓN DEL JOVEN HOMOSEXUAL Y EXISTE CIERTA COMUNICACIÓN, LA PÉRDIDA DE AUTONOMÍA SE EXPRESA EN EL NECESARIO OCULTAMIENTO QUE DEBEN LLEVAR, PUES LA HOMOSEXUALIDAD DEJA DE SER RESPONSABILIDAD DEL INDIVIDUO MISMO, PARA CONVERTIRSE EN RESPONSABILIDAD DE LA FAMILIA.



responsabilidad del individuo mismo, para convertirse en responsabilidad de la familia.

Ello se expresa en un miedo que se encubre ante un sentimiento de culpa por lo que se es. Culpa, porque se es portador de un hecho construido desde el imaginario social como destructor del orden familiar; se puede provocar una «desgracia», para decirlo en términos similares a como ha aparecido en los grupos de discusión. Esta «desgracia» va a existir en función de la imagen que a partir de ese momento, se supone, la familia va a enfrentar ante los espacios sociales.

Tal criterio está presente en el homosexual cuando piensa en la familia: su condición lo hace vulnerable por ser objeto de evaluación frente a lo comunitario y lo institucional. Este sentimiento —aunque se logra traspasar en algunos casos más o menos dramática que en otros— no desaparece en tanto sentido. Se piensa cuando se actúa en lo que tal acto pudiera provocar en la familia: «Si mi familia se entera...», o sea, se expresa el sentido de culpa y miedo al rechazo o a la represión psicológica o física. «No quisiera que mi familia se enterara...» enlaza al anterior el sentido de vulnerabilidad de la familia para poder adaptarse a una situación como ésta.

-*Frente a lo social-comunitario*: El regreso significa volver a la sensación de constante vigilancia/evaluación de su conducta por el resto de la comunidad; un espacio donde están fuertemente fijadas las expectati-

vas cotidianas sobre la base de las tradicionales nociones de las construcciones de género. Dadas las dimensiones relativamente pequeñas del lugar de origen —por el espacio físico ocupado y por la cantidad de personas que habitan en él—, el sujeto homosexual, por su misma condición, se hace más visible frente a lo público y ello provoca sensaciones de mayor pérdida de autonomía (anonimato) con respecto a la que siente poseer en la Ciudad.

-*Frente a lo social-institucional*: Regresar significa verse obligado a insertarse en espacios donde su preferencia sexual es concebida bajo el predominio de las nociones de (in)moralidad/vicio/patología. En ninguno de estos espacios es legítima la pareja homosexual. Ello hace que el joven con esta preferencia, se vea imposibilitado de llevar una vida de carácter público en esos espacios junto a la persona con la cual comparte relaciones sexo-afectivas estables.

Aparece, además, el miedo a no poder soportar la fuerte represión en las instituciones dentro de las cuales el individuo supone que deberá desarrollar la mayor parte de su vida laboral, y en las cuales se excluye a los de su condición, y donde una sospecha de este tipo puede dar lugar a burlas, chantaje y expulsión. Esto se une al temor de no progresar en el medio profesional.

PÉRDIDAS DE FORMAS DE CONSUMO CULTURAL:

-*Acceso a espacios de consumo cultural*: El regreso significa la pérdida de ciertas costumbres y hábitos, imposibles de llevar a cabo en el lugar de origen, expresados en la frase «hacer vida social». «Hacer vida social» es encontrarse en los festivales o temporadas de cine, teatro, ballet y demás espectáculos artísticos; es encontrarse en determinados espacios a donde se va simplemente a conversar, o bailar (discotecas y fiestas *gay*); es el miedo a quedar fuera de la «vida *gay*» que conforma la «vida personal» del sujeto. No debe olvidarse que el término *gay*, usado como adjetivo (vida *gay*, mundo *gay*) indica mucho más que una preferencia o una conducta sexual particular. Es ser miembro de una subcultura bajo una cultura dominante de carácter excluyente, y compartir espacios y códigos de comunicación específicos en el caso cubano. Ello quizás se explique a partir de la forma en que puede organizarse la vida de un joven homosexual varón en la ciudad: del espacio familiar al laboral/estudiantil; del laboral/estudiantil al familiar, y de cada uno de éstos a los «puntos de encuen-

tro» de los homosexuales varones de La Habana, en tanto grupo: una esquina, una casa, un espacio del malecón, un parque... lugares no legitimados aún por la sociedad —aunque no totalmente desconocidos ni mucho menos indiferentes a los mecanismos de control social—, pero que existen para él y para sus iguales, pues él (ellos) los crean en sus prácticas cotidianas, y que han ido conformando y dibujando parte de la geometría social a la cual están enlazados casi como en una trampa.

- *Formas de consumo como símbolo de status*: Similar al anterior pero entendido como quedar fuera de los conceptos de buen gusto (el vestir y la música, típicos de la etapa juvenil) y del significado subjetivo de las distintas formas de consumo como imagen de acceso a determinados espacios o de apropiación de símbolos que pudieran brindar un determinado *status* social como individuo. El solo hecho de «vivir en la ciudad» brinda y da sensación de ubicarse dentro de dicho *status*.

PÉRDIDA DE GRUPOS DE REFERENCIA:

- *Referente grupal/horizontal*: Regresar significa romper con un sistema de relación personal conformado y la incertidumbre de poder constituir otro en un lugar donde no se comparten ya los códigos, atributos y formas de consumo cultural expuestos anteriormente. Las relaciones de sociabilidad, para el caso de los homosexuales, no sólo se establecen por una identificación a partir de «un colega de trabajo o estudio...», o «mi conocido del barrio...» sino mayormente por «mi igual» en tanto compartimos, no una misma preferencia (en sentido de hecho biológico), sino un mismo sistema de comunicación entendiendo por ello códigos, signos, temas de conversación, expectativas, etc., creadas sobre la base de una exclusión social por esta misma preferencia.

- *Referente colectivo*: Regresar significa la ruptura absoluta con un mundo al cual se siente que se pertenece. En la ruptura de una identidad ya construida, no sólo sobre la base de una orientación sexual sino sobre la de un espacio urbano representado simbólicamente a partir de las nociones antes descritas. Aquí se evidencia el hecho de que homosexualidad no necesariamente implica afe-minamiento o asumir un mundo femenino o de la mujer, y negar absolutamente el masculino. Este aspecto necesitaría de una explicación más profunda pero resumidamente puede expresarse de esta manera: en el proceso de construcción de una identidad homosexual (o, si se prefiere, *gay*), el joven construye una unidad dicotómica contra-

dictoria (yo - heterosexual/yo - homosexual) y mantiene una representación sobre un «otro» con esta segunda preferencia, simbolizada de manera similar a cómo ésta se establece en los espacios tradicionales de socialización. En otro momento separa de sí su «yo - heterosexual» y lo convierte en un «otros no - homosexuales (cheos)»³ y comienza a sentirse parte de un «nosotros», ya no por mantener una igual preferencia sexual, sino por compartir el conjunto de elementos de orden simbólico característico de este grupo (lo que hemos llamado «vida *gay*»), bajo el signo de la exclusión. Esta noción del «nosotros homosexuales» sobre el cual se achacan determinados caracteres de marginación (discordancia de género, vida no saludable, etc.).

PÉRDIDA DEL «TIEMPO VITAL»:

- *Lo profesional/laboral*: Bajo esta dimensión hemos condensado todas las asociaciones sobre la ciudad con relación a ver en ella un espacio más avanzado en el desarrollo del mundo profesional (científico) y, por tanto, el de mayores posibilidades de inserción y progreso en lo laboral. La «competencia» en lo profesional tiene relación con una concepción de cronómetros temporal desde el cual un minuto perdido puede significar el atraso o frustración en este campo, si el mismo ya se considera como irreversible. Este peligro de estancamiento se asocia, por su parte, con los espacios fuera de la ciudad.

- *Corporalidad*: La noción del cuerpo entre los homosexuales varones es extremadamente significativa, sobre todo su componente erótico. Se cultiva el cuerpo para reforzar el tipo masculino y aunque no se haga para sí mismo, se idealiza como expresión de belleza aunque no se tome éste como único criterio de valoración sobre las cualidades de una persona. Más bien se valora —tal y como hacían los griegos— de manera muy particular la belleza física que en un inicio despierta, como decíamos, sólo el deseo erótico. Pero esta noción de corporalidad está muy asociada a la de un «tiempo vital» finito. Se tiene un cuerpo que envejece, y cuando envejece pierde valor en el mercado de parejas.⁴ Este «tiempo vital» del cuerpo es corto y transcurte bajo una inmediatez que luego puede reconstruirse como «tiempo perdido». El regreso puede acortar el «tiempo vital», como si alejado de la ciudad se envejeciera más rápido.

- *Soledad*: Pero el miedo no sólo se dirige a la brevedad del «tiempo vital» del cuerpo, sino a una consecuencia de dicho proceso: la soledad. Se «huye» de un pasado (el

regreso), se vive la inmediatez de un presente (quedarse), y se construye un futuro bajo el signo de la incertidumbre en cuanto a los futuros vínculos afectivos y de compañía. El regreso, que en este caso se concibe como futuro posible, refuerza la noción de incertidumbre, o más aún la certeza de una soledad adelantada. Dicha soledad está más vinculada con la pérdida de los grupos de referencia, que con los de la imposibilidad o mayores dificultades de constituir pareja estable. Existe la noción de que en provincia las relaciones de pareja tiene lazos afectivos mucho más fuertes y generalmente de mayores años de convivencia, mientras que en la ciudad se vive más la inmediatez, las relaciones cortas y de mayor autonomía.⁵

El *miedo a la muerte civil* es algo de lo cual no está exento el homosexual residente en La Habana. Tampoco desaparece en aquellos que, luego de una decisión de quedarse, llevan ya algún tiempo viviendo en la capital. Pero ello comporta matices distintos. Si en los espacios representados como No-Ciudad, la noción de pérdida de las formas de consumo cultural, la de los grupos de referencia y la del «tiempo vital» se presentan con una mayor fuerza en la motivación al no-regreso, en la ciudad se expresa en los espacios socio-

institucionales, en tanto el conocimiento o sospecha de su condición de homosexual por parte de los actores de este medio, podría frustrar los intentos de progresar en los profesionales y por extensión en los restantes espacios del mundo civil del individuo.

Ello lleva a un necesario ocultamiento—en algunos casos a una doble vida (una real y una aparente)— a no ser que la institución en la cual se desarrolle laboralmente ofrezca niveles suficientes de permisibilidad como para que el homosexual pueda expresar su condición sin temor a la burla, el chantaje o la subestimación de sus capacidades. Los contenidos de estas dimensiones también pueden traducirse de otra manera si pensamos, por ejemplo, en las formas de construcción de la identidad de estos grupos: los espacios familiar, comunitario e institucional condensan la construcción del «yo»; los restantes, un «nosotros» en tanto identidad grupal/horizontal y colectiva «normalizada» de un grupo social concreto. Ello pudiera constituirse, asimismo, en objeto de estudio, para comprender la manera en que la preferencia sexual puede medir las formas de representación del miedo a esas rupturas como expresión del motivo al no-regreso o quedarse.

(((Bibliografía)))

¹ ROBLEDO, LUIS: *Homosexualidad-Familia, acoso y simetrías*. Departamento de Sociología, Universidad de la Habana, 2000. (Tesis de Maestría): La investigación se enfocó sólo hacia jóvenes de 24 y 30 años, varones, residentes en Ciudad de la Habana, y que se consideraban a sí mismos como homosexuales.

² Dado que este artículo tiene un carácter introductorio al tema, preferimos no abscribirnos a ninguno de los modelos de análisis o esquemas tipológicos tradicionales en los estudios de migración (p. ej. *push/pull*), aunque resulta evidente un intento de combinación entre lo que podríamos discernir como motivos individuales (aspecto psicosocial), por un lado, y, por el otro, las causas socioestructurales que llevan al individuo a esta decisión, quizás con un mayor énfasis en lo primero. La explicación está dada, además, conforme a un modelo de racionalidad instrumental que concibe al sujeto como un ente activo y con posibilidades, por tanto, de elegir en función de un cálculo de coste y beneficios.

³ Cheo se le llama —entre homosexuales, fundamentalmente a alguien del sexo masculino y preferencia he-

terosexual. Puede decirse: ¿tal persona es gay o es cheo? Cuando se utiliza en femenino —chea— generalmente hace referencia a personas del sexo femenino con criterios despectivos hacia los homosexuales.

⁴ Similar a lo que Flaquer llama «mercado matrimonial» en su modelo de análisis de la monogamia: «los individuos llegados a cierta edad entran en un mercado en el que son al mismo tiempo oferentes y demandantes y en el que la mercancía son sus propias personas (...). Sus recursos (belleza, poder, etc.), medidos según su valor de mercado corriente, son decisivos a la hora de ajustar el apareamiento, pero también cuentan en gran medida las estrategias de marketing que ejercitan para vender su imagen...». FLAQUER, LUIS, en *Internacional de Sociología*, Tercera época, No. 5, Mayo-Agosto 1993, pp 69-85.

